

El horror de Essex

Roberto Padilla Ramos

No está muerto lo que yace eternamente

H. P. Lovecraft

30 de enero de 1930

Siempre soñé con ser escritor. En la familia de los Blackwood jamás se concebiría que uno de los varones se dedicara a tal oficio. Hijo de una larga tradición de médicos, la academia de literatura estaba vetada para mí. A pesar de que la práctica médica me desagradara a tal punto de la náusea, por órdenes de mi padre ejercería de practicante en el crematorio familiar. La morgue de mi padre siempre fue famosa entre la comunidad local. Por generaciones los padres enseñaron a sus hijos el oficio del embalsamamiento y la preparación de cuerpos. Cada fin de semana a partir de los diez años mi padre me llevaba consigo a la parte inferior de la casa, ahí junto a una plancha metálica, fría e indiferente los cuerpos eran colocados para la disección. Mi padre, el doctor Robert Darwin Blackwood, siempre fue reconocido por su destreza con el escalpelo y por sus profundos conocimientos de anatomía y fisiología. Mi nombre es Robert Blackwood.

15 de febrero de 1930

Desde comienzos de este mes los rumores sobre extraños sucesos llamaron la atención del reverendo Riley. Essex estaba sumida en una densa capa de supersticiones y mitos. Mi padre, un hombre de ciencia, se negaba rotundamente a escuchar estas historias, para él no eran más que una terrible pérdida de tiempo. En lo personal, las historias que se contaban me resultaban sumamente estimulantes y pensaba que en un futuro estas leyendas locales me darían alguna idea para un próximo cuento o novela. Esa noche el timbre de la vieja mansión de los Blackwood sonó como un terrible presagio. El cuerpo de un hombre pedía la determinación médica de su muerte. Sabíamos que cosas inusuales sucedían en Essex pero ahora lo sobrenatural se presentaba frente a la puerta y solicitaba de nuestro trabajo.

19 de febrero de 1930

La autopsia inició a las diez de la noche. Mi padre y yo trabajamos en silencio, acompañados tan solo por el instrumental quirúrgico y el olor a formol, mientras afuera el viento golpeaba

con fuerza las ventanas. Primero realizamos una exploración exterior del cuerpo, buscando posibles pistas sobre las causas de muerte. El hombre, despojado de sus vestimentas, expuesto a la morbosa mirada, en un estado indefenso, no hacía más que revelar la vulnerabilidad de la carne. Esta parte era la que más detestaba. Todos los cuerpos sobre la plancha metálica, bajo la luz mortecina, eran despojados de cualquier dignidad. La muerte opacaba todas las virtudes de la existencia. Después venía la incisión sobre el tórax dibujando una forma de «T», con una línea horizontal que mi padre trazaba de hombro a hombro y por debajo de la clavícula. Aunque se pueda estar acostumbrado a estas cosas mi vista siempre se desviaba a los anaqueles donde se tropezaba con el grueso volumen empastado de la *Anatomía* de Lancisi. Mi padre no toleraba mi flaqueza y creo que en secreto disfrutaba de mi suplicio mientras separaba las capas de carne y piel de las cavidades. Me es imposible continuar por hoy y lo que sucedió después ha sido tan extraño que lo único que deseo es dormir toda la noche.

20 de febrero de 1930

Existen extrañas costumbres en la comunidad de Essex. Historias sobre prácticas endogámicas que los pobladores más antiguos realizaban como parte de rituales profanos. Los niños, producto de dichas uniones, presentaban deformaciones y deficiencias mentales. Incapaces de realizar una vida normal, quedaban confinados a las partes marginales y oscuras del bosque. En mi infancia estas historias alimentaban mis pesadillas y fueron en mi juventud motivo de profunda inspiración quedando plasmadas en cuentos que, como es de esperarse, mi padre leyó y aborreció. Después de exponer las cavidades y ver la disposición de los órganos, las pesadillas de niño volvieron a mi mente. Es imposible describir la colección de anomalías que aquel cuerpo escondía, incluso los años de experiencia no evitaron el desconcierto que vi en mi padre. El informe que describía los resultados de la autopsia como una muerte causada por razones indeterminadas fue rápidamente enviado a colegas de la Universidad de Miskatonic, donde mi padre

tenía viejos amigos. Transcribo a continuación un fragmento del dictamen de la autopsia realizada el 19 de febrero del año de 1930.

UNIVERSIDAD DE EXETER

FACULTAD DE MEDICINA

Unidad de Anatomía Comparada y Fisiopatología

Informe médico

Robert Darwin Blackwood, Médico Colegiado en Oxford, Doctor en Medicina por la Universidad de Exeter. Médico especialista en anatomía y fisiopatología (título oficial en la Universidad de Miskatonic), profesor titular de la cátedra de anatomía comparada, histología y fisiopatología, emite el siguiente informe parcial en relación a la causa y circunstancias de la muerte de Evans Whateley O'Kelly.

Antecedentes

El 15 de febrero de 1930 se realizó la autopsia de un cadáver identificado posteriormente como Evans Whateley O'Kelly, fallecido horas antes de forma aparentemente violenta.

Dictamen de necropsia de Evans Whateley O'Kelly

A la vista de la información generada en la práctica de la autopsia se puede establecer que Evans Whateley O'Kelly sufrió lesiones que lo llevaron a la muerte, lesiones de tipo traumático en la cabeza. Presentando fracturas múltiples en la base y bóveda craneal. A su vez, se observan laceraciones en las extremidades superior e inferior. El cuerpo presenta marcas o símbolos posiblemente hechos con algún artefacto metálico. La secuencia de los hechos que llevaron a la muerte a Evans Whateley O'Kelly no queda clara. Tampoco fueron encontrados rastros de forcejeo o violencia más allá de la que se observó en los traumatismos que se realizaron.

El informe, por lo demás, carece de importancia para darle un sentido a los posteriores acontecimientos que se desencadenaron a partir de la examinación de aquel extraño cuerpo. Lo más inquie-

tante de los hallazgos fue maquillado con una serie de tecnicismos lacónicos que tratan de suavizar la realidad. La abominación que aún yace en el sótano sobre la plancha metálica es una verdadera ofensa para el orden natural; incluso yo, un hombre inclinado más a las letras que a la ciencia, no tardé en identificar el mal en esa horrible cara desfigurada. Aunque gran parte de la cabeza fue aparentemente reventada a golpes, el rostro casi intacto tenía una inquietante sonrisa, como si la muerte y el dolor fueran la expiación que le diera fin a su verdadero suplicio, pero ¿cuál?

21 de febrero de 1920

Existe un orden natural. Mi padre dice que los seres vivos presentan una disposición exacta del acomodo de su cuerpo, pero Evans era una verdadera anomalía. Su cuerpo carecía de los órganos convencionales, en su lugar solo había una burda imitación de un tejido que no se pudo identificar bajo el microscopio. Mi padre, obsesionado con el caso, se volvió más errático y solitario que de costumbre. Pasaba horas absorto en los viejos libros de Sydenham, Giovanni Lancissi y Virchow. Quería encajar el cuadro de anomalías de aquel cuerpo en los anaqueles de las curiosidades médicas, pero esto rebasaba toda ciencia, su ciencia fáctica, experimental, empírica... obtusa. En Essex, el rumor corrió como la pólvora. Las personas murmuraban sobre lo que había sucedido esa noche y algunos decían que en realidad los Blackwood habían cercenado el cuerpo del diablo, otros apuntaban a historias más elocuentes, argumentando que era un animal lo que esa noche se dejó abandonado afuera de la mansión. Por la tarde, mientras redactaba mi diario, mi padre entró en mi habitación y dejó sobre la mesa el relicario de mi madre. Mi madre murió cuando yo tenía ocho años. Solo recuerdo la túnica de terciopelo negro con la que fue sepultada. El relicario era la única posesión que mi padre conservaba de ella, jamás creí que me la relegaría; quizás no sea más que un reflejo de su impredecible comportamiento.

22 de febrero de 1920

El pueblo de Essex siempre ha estado inmerso en la superstición. En 1634 arribaron los primeros colonos europeos, procedentes de Nueva Inglaterra. Con su llegada despojaron de sus tierras a los nativos americanos e impusieron la religión protestante como único culto. Los agawam se rehusaron a la conversión cultural europea. Bajo la sombra del cristianismo, se cuenta, los colonos trajeron consigo otra religión, en la que profesaban la adoración a una entidad a la que llaman Zhothaquah. Inusuales prácticas y ritos eran perpetrados en el bosque o a las orillas del río. La familia de los Blackwood llegaría a estas tierras en 1819, atraídos por el potencial crecimiento económico de un asentamiento costero. Rápidamente Essex se convertiría en el principal centro de construcción naval y a pesar de que el progreso traería consigo aquellos artilugios de la modernidad, que hacen sentir al hombre seguro, en los humedales y colinas el culto a Zhothaquah era practicado. Los devotos de esta religión hablaban de un Mesías cuya ascendencia provenía del espacio. Se hablaba también de antiguos libros de magia negra escritos en idiomas desconocidos que eran heredados de generación en generación y que llegaron con los ingleses desde el viejo mundo. En algún momento, motivado por todo este folclor, quise averiguar más sobre estos libros y su contenido, pero lo único que recibía en mis infantiles indagaciones fue una mirada de odio y un silencio sepulcral. Incluso pensé que si no fuera por la reputación de mi padre y de los Blackwood que me antecede hubiera sido linchado, o algo peor. Después de la autopsia que se realizó al cuerpo me pregunto ¿hasta qué punto es real lo que se dice de Essex? El veredicto de muerte indeterminada realizado por mi padre no motivó por parte de las autoridades una indagación profunda sobre quién había ejercido una violencia tan colérica como para matar así a un hombre, simplemente el cuerpo se entregó a sus familiares, los cuales, por el contrario, se mostraban ecuanímenes e incluso me atrevo a decir que hasta alegres de saber que Evans había muerto, ¿por qué?

25 de febrero de 1920

Esta noche tuve una pesadilla. Desperté lívido y con las sábanas empapadas en sudor; mi corazón palpitaba tan fuerte que pensé por un momento que se saldría de mi pecho. Al levantarme para ir por un poco de agua mi mente seguía tan perturbada, que al mirar por la ventana creí ver la figura de un hombre afuera de la casa. Creo que el caso Evans no solo ha trastocado a mi padre; yo no he dejado de sentir una terrible angustia, un sentimiento constante de peligro, como si un enorme animal estuviera observándonos, agazapado en la oscuridad y listo para abrir sus fauces y devorarnos. La mansión Blackwood, construida sobre una pronunciada colina rodeada de viejos árboles, cuyas copas ocultan el cielo, se encuentra a una media hora del pueblo. Hasta hace poco, esta distancia con la gente me hacía sentir de alguna forma ajeno a todas las costumbres y creencias de Essex, pero ahora me asaltan pensamientos sobre el daño que puedan hacernos al estar tan lejos y desprotegidos de todo. ¿Por qué no habría de pasarnos también a nosotros? Aunque la medicina es un arte tan necesario, en el pueblo siempre existió un desprecio por los Blackwood y por lo que representaban, ocultos detrás de los microscopios y la ciencia, en una torre de marfil tan endeble como cualquier otra, y mi padre exento de cualquier mal axioma no era más que otro converso de un culto moderno.

27 de febrero de 1930

Mi padre definió el cuerpo como un conjunto de anomalías. Acostumbrado a diagnosticar un sinnúmero de malformaciones congénitas, el cuerpo no encajaba en el canon de la medicina. Al observar su interior no pude ocultar el desasosiego que me provocó no reconocer la familiaridad del género humano. Aunque superficialmente su tosca bilateralidad lo hiciera pasar por un hombre cualquiera, su interior se regía por leyes de un orden distinto. Mi padre, obsesionado con encontrar la fórmula del cuerpo que explicará el origen de Evans, observó bajo el microscopio los tejidos, pesó, midió y diseccionó los órganos (si a eso se le puede llamar así) y tomó fotografías para su expediente personal.

Mientras le ayudaba de forma mecánica, mi padre hablaba de un nuevo arquetipo. En el comienzo de la vida compleja los planos corporales habían sido establecidos para determinar la organización de sus partes. Evans parecía pertenecer a otro mundo. ¿Qué era en realidad este hombre?

3 de marzo de 1930

La obsesión de mi padre fue gradualmente consumiéndolo. Al principio, quizás era la búsqueda irrefrenable por extender los límites de la ciencia. Creía ingenuamente que todos los fenómenos podían ser contenidos en los matraces. En el fondo esa era la fractura, el abismo insondable que colapsaba su mente. Buscaba en los tomos de anatomía y en la opinión de los colegas una respuesta que jamás encontraría. Era un devoto del progreso, un creyente moderno de una religión joven. Con el paso de los días también su salud se veía mermada, era difícil observar el deterioro en el que caía. Abandonándose a sí mismo, sentía que no podía ayudarlo. ¿Qué ocurría en la mente de mi padre? Hace unos días lo encontré en su estudio; frente a él, un enorme libro negro; su mirada fija en unos extraños símbolos. Quién sabe cuánto tiempo tenía en ese estado cataléptico. Lo que más me inquieta es el interés que ha mostrado desde la autopsia por el folclor de Essex. Incluso lo he visto adentrarse en el bosque con la vista clavada en la densa noche, abstraído del mundo. Espero que sea solo algo pasajero. Creo por hoy terminaré de escribir y quizás lea un poco antes de dormir.

5 de marzo de 1930

Mi padre ha desaparecido. La última vez que lo vi trabajaba en su estudio. Ni siquiera notó mi presencia cuando le pregunté si todo se encontraba bien. Al parecer estaba redactando una carta, quizás para un amigo. Esto fue lo último que escribié:

Tras la autopsia de Evans he buscado la opinión de mis colegas en la Universidad de Miskatonic. El informe real ha sido leído por ellos. Las fotografías que acompañan al dictamen de la muerte de Evans dan crédito de lo que escribo en esas

páginas. Después de unos días, la respuesta que recibí me ha dejado igual de perplejo. Primero me sorprende la reacción del cuerpo colegiado de médicos, ya que ninguno parece estar sorprendido con lo que he descubierto ¿Acaso están acostumbrados a ver abominaciones como esa? El doctor C. Ashton Smith ha enviado una carta sugiriendo, en contra de toda la ortodoxia médica, que busque respuestas en una serie de libros que al parecer la Universidad resguarda bajo el sótano. Quizás piense que he querido tomarles el pelo y simplemente me devuelven el gesto. Pero poner en duda la reputación y el nombre de la institución, e incluso la licencia para ejercer la medicina, me parece demasiado. Además el doctor Ashton sugirió la opinión de un experto en textos antiguos y filología de la academia de lenguas antiguas, que también trabaja en el campus. ¿Qué relación tiene la práctica médica con las lenguas muertas? Necesito encontrar una explicación donde Evans y lo que se ha escrito sobre la biología encaje, de no ser así todo lo que el hombre cree saber tiene que ser reescrito. Por mi parte también he hecho trabajo de campo tratando de saber más sobre un culto que venera a una deidad a la que llaman Zhothaquah. Los libros que me fueron proporcionados hablan de una entidad primigenia, un dios del espacio que yace dormido en un planeta que gira sobre una moribunda estrella; esta entidad alguna día reencarnará en la Tierra, pues se cree que la semilla de su conciencia se aloja en la sangre de los fundadores de Essex. Las prácticas endogámicas buscan mantener la pureza de la esencia de Zhothaquah. Cuando su mente reencarne en un contenedor humano su presencia provocará que todas las conciencias humanas trasgredan la frontera del inconsciente y por fin despierten a la realidad que yace, incognoscible, sobre nosotros. Estos libros también hablan de una orden llamada aeternus dormitor, que busca que las profecías se cumplan; ha tenido una gran influencia en Essex desde su fundación. ¿Acaso la explicación que busco tiene algo que ver con toda esta locura de dioses del espacio y órdenes secretas?

Necesito continuar con mis indagaciones y saber si hay una conexión entre la familia de Evans y todo esto. El siguiente paso podría ser...

12 de marzo de 1930

Desde la desaparición de mi padre he notado comportamientos inusuales en la gente del pueblo. Son muy pocas las ocasiones que abandono la seguridad de la casa para ir por algo de provisiones, pero siento que me observan y murmuran cosas extrañas. En las noches estoy seguro de haber visto en más de una ocasión la silueta de una persona, o algo parecido, en el patio trasero, acechando como una fiera lo hace con su próxima cena. Las autoridades aún no tienen pista sobre el paradero del doctor Blackwood. Me he sentido tan desolado y con una sensación de constante peligro, como si algo se acercara. Lo único que le da propósito y coherencia a mi vida es este diario, donde he tratado de darle una explicación a algo que quizás no lo tiene. No es inusual que las personas desaparezcan en Essex, pero jamás creí que esto le pasara a mi padre. ¿Por qué a nosotros? ¿A quién ofendimos con el cumplimiento de un oficio que tanto bien ha hecho al pueblo? No puedo seguir escribiendo más, solo deseo que las cosas sean como eran antes de la autopsia de Evans. He pensado en visitar a la familia de los Whateley, de antemano sé lo poco ético que sería esto, pero estoy desesperado.

20 de marzo de 1930

He dejado algunos días para poder procesar lo que he visto en la casa de los Whateley. Solo espero que la providencia, o Dios, si existe, me conceda jamás volver a pisar aquellas tierras malditas, donde habita una perversidad que ha carcomido la mente de estas personas. Los rumores sobre las prácticas endogámicas son ciertas. Todos los hermanos de Evans presentan malformaciones en distintos grados. Los Whateley han incitado a su prole a la unión incestuosa durante décadas, muchos de ellos habrán muerto por problemas fisiológicos, pero aquellos que han sobrevivido adquirieron una apariencia monstruosa; hay algo en ellos que es parecido a la maldad más pura. El hijo mayor,

un hombre de casi dos metros, me miraba como un perro ve un pedazo de carne. La sensación de peligro era tan fuerte que me arrepentí de ir a ese lugar solo y desarmado. Los otros vástagos estaban sentados en el pórtico con la mirada perdida, balando como ovejas. Es imposible que esto se mantenga al margen de la verdad y es posible que estas prácticas sean protegidas por algún grupo influyente del pueblo. La casa tiene símbolos que parecen una combinación de formas geométricas y fórmulas matemáticas. ¿Qué significan esas inscripciones? El padre parece rondar los ochenta años; no pude preguntarle nada ya que al intentar presentarme me interrumpió diciendo una serie de incongruencias. Habló sobre la profanación de un contenedor, dijo que los Blackwood estábamos marcados por profanar la última morada de la consciencia del eterno dormido.

24 de marzo de 1930

Después de visitar la casa de los Whateley no pienso continuar investigando. Están ocurriendo cosas en Essex que quizás están más allá de la comprensión, aunque al principio me costó aceptarlo. La naturaleza de estos sucesos son de un orden sobrenatural. Las aberrantes prácticas endogámicas, la presencia de lo parece ser una especie de grupo religioso, las desapariciones constantes de pobladores, incluida la de mi padre, giran en torno a la disección realizada a un miembro de los Whateley. Creo que necesito más reposo y poner en orden todo lo acontecido. Creo que por hoy es suficiente. Trataré de dormir lo más que pueda.

27 de marzo de 1930

Esta tarde, al regresar del pueblo, he notado que la chapa de la puerta principal había sido forzada. Me he quedado paralizado de miedo y tardé algunos minutos en poder reaccionar y llamar a la policía. Dudo que pueda dormir esta noche. Me seguiré rehusando a tomar algún tipo de pastilla. Ahora más que nunca soy consciente del peligro que existe en esta comunidad y quiero estar despierto cuando pase lo que tenga que pasar.

29 de marzo de 1930

Anoche, mientras preparaba algo para merendar, observé por la ventana lo que al principio creí que era alguna especie de lámpara. Parecían esferas luminosas que después de permanecer estáticas unos minutos empezaron a realizar una extraña danza para después ocultarse entre los matorrales. Al intentar llamar a la policía noté que la línea telefónica estaba muerta. Inmediatamente me dirigí al despacho de mi padre y tomé su viejo revolver; jamás había tomado una arma y me sorprendió lo mucho que esta pesaba a pesar de tan diminuto tamaño. Habían transcurrido unos treinta minutos después de la luces, y de repente escuché como si algo de gran peso se postrara sobre el techo. Permanecí en el despacho, con la Colt en la mano y el corazón desbordado. Después de unos minutos de sepulcral silencio, aquello que estaba sobre el techo descendió con un fuerte salto hacia el patio para internarse en el bosque; por la ventana pude distinguir que era el hijo mayor de los Whathely, pues su inconfundible robustez y altura no pudo ser ocultada por la densa noche.

30 de marzo de 1930

Llamé a la compañía de luz para que restablecieran el servicio. Al parecer un accidente, o eso dicen, ocasionó la caída de un poste eléctrico y por lo tanto la suspensión del servicio. Al subir al techo pude ver unas enormes marcas de garras y un fétido olor impregnaba la vieja madera. El servicio de luz estará en dos días, desafortunadamente no creo tener ese tiempo.

3 de abril de 1930

Le he disparado. Esta vez no dudé en accionar el gatillo, aunque la noche no dejaba ver prácticamente nada, sé que por lo menos está herido, la sangre de un color purpura ha dejado una línea dibujada sobre el patio en dirección a los densa vegetación. El hijo mayor de los Whataley corrió con una velocidad sobrehumana y su grito se dispersó poco a poco mientras yo recuperaba la respiración. Intentarán de nuevo hasta que lo consigan.

Están a punto de entrar. Escribo estas últimas líneas con la esperanza de que sirvan de advertencia para todos aquellos que tratan de conocer lo que ocurre realmente en este pueblo. No hay otra forma de describir y darle un calificativo a esto, más que de sobrenatural. Quedan en estas páginas partes de los informes emitidos por mi padre, el doctor R. Darwin, sobre la autopsia de Evans, así como el fragmento de una carta que quizá pueda arrojar luz sobre su paradero o lo que creo ya solo será su cuerpo. Ahora entiendo que existen en este mundo cosas que van más allá de la razón, y que el hombre se encuentra a merced de fuerzas antiguas y oscuras. Siempre soñé con ser escritor y este diario será la única manera de realizar dicha empresa. Mi nombre es Robert Alfred Blackwood y este es mi testimonio de los horrores de Essex.